

# EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

## La palabra de Dios.

Pasó Jesús a la otra parte de la mar de Galilea, que es de Tiberiades, y le seguía una grande multitud de gente, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Subió, pues, Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Y habiendo alzado Jesús los ojos y viendo que venía a él una grande multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Esto decía por probarle, porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastan para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, ¿mas que es esto para tanta gente? Y dijo Jesús: Haced sentar la gente. En aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron a comer como en número de cinco mil hombres. Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan. Y así recogieron y llenaron dos canastos de pedazos, de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

(San Juan, cap. 6.º—Vs. del 1 al 13).

*Para los caritativos se hizo el reino de los cielos, porque ese reino, obra de un Dios todo amor, sólo por la puerta del amor se puede penetrar en él.*

*Fuente de bienestar.—* En expresión del Sagrado texto, un pobre menesteroso es causa de muchos bienes para quien le socorre, y Dios le atiende más que a los ricos.

*Lo que valen los méritos de un pobre.—* Asegura Salomón, que los méritos y sabiduría de un pobre tullido defendieron de sus enemigos a una ciudad.

## La Asunción de Nuestra Señora.

La gloria que goza en el cielo la Reina de los Angeles celebra hoy la Iglesia, bajo el título de la Asunción, que ocurrió al tercero día de su tránsito, a la cual asistieron los Apóstoles y discípulos de Cristo, pues aunque estaban esparcidos por todo el orbe, fueron llevados por ministerio de ángeles.

Llegó el día tercero el Apóstol Santo Tomás, que por disposición divina no se encontró en el tránsito, y sintiendo en extremo no haber presenciado la muerte de su querida Señora y Maestra, deshaciéndose en lágrimas, pidió para su consuelo que le dejasen ver y venerar el preciosísimo cuerpo.

Condescendiendo los demás Apóstoles con su devota petición, abrieron el sepulcro, del cual salió un olor celestial, y no encontraron sino las sábanas y lienzos en que había sido envuelta.

La Virgen había resucitado, siendo elevada al cielo en cuerpo y alma. Su triunfo fué el más festivo que contempló la tierra, pues al de Jesucristo asistieron los ángeles y al de María el mismo Cristo y los ángeles todos, asombrados de ver la majestad y grandeza de la Virgen Madre, y Cristo la entró en su Celestial Reino y la presentó a su Eterno Padre.

Fué el tránsito de la Virgen cuando ésta contaba setenta y dos años de edad.

La fiesta de la Asunción de María fué siempre de las más solemnes de la Iglesia, y la mayor parte de las catedrales están dedicadas a la Madre de Dios en este glorioso misterio.

## En la Asunción de Nuestra Señora.

¿Quién es esa doncella misteriosa que, cercada de nube transparente, como aurora que surge del Oriente se eleva por los aires presurosa?

En la tierra ha dejado abierta losa como deja este mundo el sol poniente, y, apoyada en querubes, el ambiente van traspasando con su frente hermosa.

Lleva en torno a sus sienes doce estrellas, en actitud de orar las manos bellas y postrada a sus pies la blanca luna.

Esto induce a creer, sin duda alguna, que la vista elevarse en rauda vuelo es la Madre de Dios que sube al cielo.

*Colmada retribución.—* Lo que se gasta caritativamente con el pobre encomendado de Cristo, tendrá su justa retribución en la vida eterna, y aun en la vida temporal.

*La paz en las familias.* En las casas infelices donde no acaban de tener la paz estimable que desean, fíen de Dios; la conseguirán si asisten a un pobre del Señor.

## Esclavo del amor materno.

A mis distinguidos amigos don José Manuel Hernández y don José Firmat, labradores y genuina representación de los ganaderos de esta provincia.

### Buen muchacho.

El 13 de Diciembre de 1917 regresaba Generoso de Extremadura; el fruto de los montes había superado los cálculos más optimistas y necesitaba ganado moreno para aprovechar las bellotas sobrantes de sus dilatadas dehesas.

Hecha la compra y después de entregar el ganado a dos criados que llevaba consigo, volvía a casa con el ansia de abrazar a su madre, viuda, que no acertaba a apartarse de su hijo único, cristiano, virtuoso y el mejor mozo de aquellos contornos.

Cuando llegó, a las doce del día, al pueblo de X, estaba nevando.

—Tomaré—dijo—un alimento en la posada y daré un pienso a mi caballo—hermoso tipo de pura sangre andaluza, que le había costado cinco mil pesetas en Sevilla.

El mesón de X no era, precisamente, la fonda de Fornos, y tuvo que conformarse con una sopa de ajo, dos huevos fritos y un sorbo de café, que le sirvieron con muy buena voluntad y poquísima limpieza. Encendió un riquísimo habano, que sacó de su petaca, se asomó a la puerta del mesón y dijo:

—Antonio, saque usted mi caballo.

El anciano dueño de la posada contestó:

—Obedeceré si usted lo manda; pero es una temeridad salir de mi casa; todas las señales anuncian una de las grandes nevadas que se descuelgan por acá; le faltan a usted seis leguas para llegar a su casa; el camino está lleno de piedras cubiertas de nieve...

—Es cierto; pero ya ve usted; para mi brioso corcel seis leguas es cuestión de tres horas escasas; me espera mi madre, y aunque ahora pase un mal rato, prefiero marchar, y después gozaré mucho rezando con ella el rosario al amor de la lumbre.

El recuerdo de amor a su madre que evocaba aquel corazón de oro, dejó sin réplica al buen Antonio y embotellados quedaron para siempre otros argumentos y razones que pensaba exponer al señorito para que aplazara su viaje.

### La nevada.

La nieve caía ya en gran abundancia; diríase que cada copo era precursor de otros cientos y miles de ellos. Al cruzar el río, que dista un kilómetro de X, Generoso se detuvo un momento y dijo:

—He aquí los dos caminos que me llevan a mi pueblo: el ordinario, que es malo y dista 30 kilómetros; el atajo, que creo es peor y que dista 23. Tal vez fuera lo más prudente volverme a la posada y no desechar los consejos de los ancianos... Pero me espera mi madre...

Optó por el atajo; se abrigó bien; tocó suavemente con el látigo a su caballo y dijo:

—Noble, avanza.

A las dos horas había una capa de nieve de cuarenta centímetros de espesor; el excelente muchacho se había apeado ya cinco veces, para quitar al caballo las *pellas* de nieve que le impedían caminar; la marcha se amortiguó considerablemente, y al cerrar la noche, oscura, fría, amenazadora, imponente, se hallaba a media jornada todavía.

### Caída peligrosa.

El caballo andaluz no podía dar un paso: criado

en los cortijos de Sevilla, no había visto más nieve que la pintada en los lienzos que exhibían los ciegos en las calles de la populosa ciudad, vendiendo las coplas en que se describen las peripecias que ocurren con frecuencia en la caza del oso; no estaba acostumbrado a caminar sobre la nieve.

Un poquito más adelante se encontró Generoso con un cuadro bien triste por cierto: por el mismo atajo caminaba una mendiga anciana, montada en débil asnillo; tiraba del ronzal su marido, anciano y mendigo también: echó mano a su bolsillo y dió a los pobres diez pesetas...

—Dios le bendiga, señor, y pague su gran caridad.

Aunque poco, caminaba más que aquellos desgraciados; pero de nuevo se paró el caballo debajo de una encina corpulenta.

—Está visto—decía Generoso—que fué una grave imprudencia salir de la posada con este temporal; tendré que terminar por apearme, barrer un poco de nieve y descansar debajo de un árbol; encendamos un cigarro y veamos qué hora es.

Colocó las bridas sobre el cuello del corcel, pero apenas hizo luz con el chisquero, el bruto dió un súbito espanto, lanzando al jinete, desprevenido, a ocho metros de distancia: un ave nocturna que dormía en la encina rozó sus crines de seda. El caballo desapareció en la oscuridad; Generoso, al intentar levantarse, comprendió que se había roto la pierna derecha, a la vez que manaba copiosa sangre de la cabeza.

—¡Virgen Santísima, amparadme!

### Los mendigos.—Cura improvisada.

Veinte minutos después, pasaban frente a él los mendigos rezando el Santo Rosario; pidió auxilio y acudieron en el acto, encendiendo su roñoso farol. Enterados del grave accidente, dijo el pobre a su mujer:

—Quédate con este señor; a veinte pasos de aquí, encontraré la *encina hueca*, allí sale el sendero que va a nuestro pueblo, iré a pie y tardaré menos.

—Dios le bendiga buen hombre; dé usted cuenta a don Indalecio, el Párroco, que avise al señor médico y si fuera posible, que mande un carro con un colchón.

Partió el mendigo; pero la sangre que manaba de la cabeza había empapado completamente el pañuelo de bolsillo de Generoso; aquella piadosa mujer se apartó un poco, se quitó su camisa, la hizo cuatro tiras y acercándose al joven, mal cubierta con su pobre mantón, le dijo:

—Señor, hay que poner ahí unas vendas de lo que se pueda; no le dé asco, señor: son de mi camisa que puse limpia ayer.

Dos lágrimas, como dos brillantes, rodaron por las mejillas del garrido mancebo.

### Consuelos del Ministro de Dios.

Una hora, que pareció un siglo, había transcurrido, y en el cerro inmediato apareció una luz producida por una linterna de gran potencia, que traía el Párroco encima de su caballo; le acompañaban dos feligreses y el mendigo que debía señalar el lugar donde estaba el enfermo.

—Generoso, hijo mío; ¿qué ha sido eso?

—Al fin llega usted a tiempo, mi querido don Indalecio; confiésemle usted: creo que me estoy muriendo; he perdido muchísima sangre.

—El médico—dijo el señor Cura—está en un case-río inmediato a visitar a un enfermo grave; le mandé un propio y supongo regresará enseguida que reciba el aviso. ¡Qué confesión, ni que ocho cuartos!

Ya te confesarás dentro de unos días, por devoción, como buen cristiano que eres.

Esto decía el buen Párroco, mientras curaba al herido con amor de padre y práctica de hábil cirujano.

—Esto es una simple *piterra*, que dentro de cuatro días estará curada; lo de la pierna, en el peor caso, será una encerrona de cuarenta días en mi casa en este tiempo muerto; durante él rezarás conmigo cuarenta Rosarios; oirás la lectura de cuarenta capítulos del *Kempis*; jugarás cuarenta partidas a las damas y comerás cuarenta cuartos de gallina de las aves que tengo en mi corraliza, y aquí no ha pasado nada.

—Con todo linaje de precauciones, el enfermo fué colocado en el carro que acababa de llegar. A todo esto, la infeliz mendiga, que estaba acurrucada al tronco de la encina, no se movía de su sitio, a pesar de haber oído la orden de marcha; estaba tiritando de frío, daba diente con diente y no podía articular palabra; la colocaron en el carro con el enfermo y el señor Cura, y montando los restantes en sus caballos, comenzaron el viaje de regreso.

#### El doctor.

—Nuestro enfermo, señor Párroco—decía el doctor—no me inspira serios temores. Creo que la pierna está bien curada; en cuanto a la herida de la cabeza, si bien es cierto que ha perdido mucha sangre, esto es de muy escasa importancia en una naturaleza como la suya. Déle usted solamente un poco de caldo con una cucharada de vino de Jerez y hasta la madrugada, algún sorbo de leche. Volveré mañana temprano. Adiós.

—Vaya usted con Dios, señor médico.

#### Complicaciones.

A las cinco de la mañana volvió el doctor y encontró al enfermo algo más despejado, y recomendó que no entrara nadie en su habitación, que no le hicieran hablar, y que permaneciera en absoluta inmovilidad. Al salir de la alcoba de Generoso, dijo al señor Cura:

—Vaya usted enseguida a confesar a la mendiga; vengo de su casa; tiene pulmonía doble y altísima fiebre; temo pierda la cabeza.

El piadoso joven, que oyó desde su lecho esta conversación, llamó a don Indalecio y le dijo:

—En el bolsillo interior de mi chaleco, hay una cartera con dos billetes de mil pesetas y otros de menor valor; tome usted ese dinero, y atienda con él a los primeros gastos de la enfermedad de esa santa mujer; si es preciso, haga usted venir en consulta a todos los doctores de la provincia; ¡Dios mío, por vuestra agonía, devolved la salud a esa enferma! ¡Virgen de los Dolores; amparadla!

#### Fiesta a la Virgen.

El día 2 de Febrero de 1918, cincuenta días después de estos sucesos, la banda de música del partido judicial recorría las calles de Cumbrales tocando alegre diana; dos horas después, las campanas, echadas a vuelo, llamaban a los fieles a la casa del Señor.

La madre de Generoso, que no se había separado del lado de su hijo, había encargado una fiesta extraordinaria; al efecto, hizo venir de un bazar de Barcelona una riquísima casulla bordada de oro, cáliz, viril, manteles, cortinones, alfombras, jarrones de primorosas flores, etc., etc.; todo lo había colocado muy artísticamente la piadosísima señora.

Comenzó la misa, devotísimamente celebrada; las tres amplias naves del templo no podían contener la

muchedumbre. Al dar el monago los tres toques de campanilla anunciando la comunión del Ministro del Señor, todos pudieron ver a Generoso, que se alzó de su asiento, se dirigió al que ocupaba la mendiga y la ayudó a subir las gradas del presbiterio; con ellos, comulgaron su madre y multitud de fieles. Don Indalecio hizo fervorosísima plática y, dadas gracias, se retiraron a desayunar a casa del señor Cura; en aquel preciso momento llegó un coche, que se detuvo a la puerta rectoral.

#### Despedida.

La plaza estaba llena de gente: Generoso salió de la casa parroquial dando el brazo derecho a su madre y el izquierdo a los mendigos; antes de subir al coche, entregó al mendigo unos papeles y dijo:

—Las obras de caridad que conmigo practicásteis la noche de la nevada, son de aquellas que sólo Dios puede pagar; sin embargo, desde hoy sois dueños de las dos casas y las dos hermosísimas huertas y prados contiguos, que eran míos; son renteros dos vecinos vuestros y pagan de renta anual 3.000 pesetas; poco es, pero osuego no le subáis la renta, pues me gusta que mis colonos vivan deshogados. Usted, mi queridísimo don Indalecio, nada necesita, nada ansía si no es la salvación de sus hijos y una corona en el cielo; por otra parte, con todo mi capital no podría pagar sus sacrificios y bondades; perdone usted tantas molestias por amor de Dios y reciba usted esas mil pesetas para los pobres de la parroquia; mi casa y todo lo mío son de usted; mi madre regala, además, a la iglesia de Cumbrales, todas las alhajas que se han lucido en la fiesta de hoy; y a ustedes, señores, Dios les pague las innumerables atenciones que me han prodigado en el tiempo de mi enfermedad.

Dijo y rompió a llorar como un niño... Y sus lágrimas contagiaron a todos y lloraron aun aquellos que no habían pensado llorar de ninguna manera. El señor Cura quiso acabar en el acto con aquella escena que le afectaba muchísimo y empujó materialmente a los viajeros para que tomaran asiento en el carruaje. Se hizo absoluto silencio y aquella multitud que llenaba la plaza de Cumbrales, ya sólo pudo ver dos brazos que simultáneamente se alzaban al Cielo y oír dos lenguas que, simultáneamente también pronunciaron tres palabras, cada una. El brazo derecho del cocheró que rozando suavemente las crines de seda del caballo andaluz, dijo:

—Vamos, noble, avanza.

—El brazo derecho de don Indalecio, que al trazar la señal de la Cruz en el espacio, dijo:

—Dios es caridad. "*Deus charitas est.*" (San Juan, cap. 4.º, v. 16).

#### EL CURA DE VALDECARROS.

Agosto de 1918.

*En la capital de España se ha publicado un bando contra la mendicidad, ordenando que sean castigados como autores de una falta los que piden o los que den limosna.*

*Es ya muy viejo y está desacreditado el sistema.*

*"Delante del bufete y con la pluma en la mano podréis murmurar de la caridad—ha dicho un Prelado insigne—; pero ante una pobre madre sin pan que dar a sus hijos, los ojos se arrasan de lágrimas y la caridad se hace."*

## Un joven abnegado.

En la ciudad de Toscana, presentóse un día un joven de pobre aspecto por su humilde vestuario, pero de porte distinguido y delicado, el cual, solicitaba con insistencia la admisión en calidad de enfermero en el hospital de dicha ciudad, con el fin de prestar auxilio al gran número de apestados que faltos de cuidado morían.

Asombrado el administrador de caridad tan generosa en un hombre tan joven, no le parecía prudente acceder a su ruego; mas al fin satisfizo su deseo, pasmándose cuantos le rodeaban al ver que aquéllos que estaban bajo su tutela, quedaban sanos instantáneamente. La misma maravilla se repetía en todos los pueblos por donde pasaba, y corrió la voz que era un ángel en figura de peregrino.

Permitió el Señor, que nuestro joven se viese atacado de la misma enfermedad, y entonces, aquella sociedad ingrata, olvidando el bien que de él había recibido, no paró hasta arrojarle más allá de sus murallas, negándole todo género de auxilios.

Ejemplo vivo de la escasa caridad y amor al prójimo que reina en aquellos corazones que no están formados conforme al espíritu de Jesucristo.

Muerto este mártir de caridad, apareció sobre su lecho una tablilla, cuya inscripción decía: «Los que tocados de la peste, invocaren a mi siervo Roque, se librarán por su intercesión de esta cruel enfermedad».



## Aniversario de una heroína de la caridad.

En Guadalajara, se hallaba la Madre Sacramento, fundadora de las Religiosas Adoratrices, esclavas del Sacramento y de la caridad, cuando llegaron las noticias alarmantes de la invasión del cólera en Valencia, y particularmente en la casa donde moraban sus hijas y las desamparadas.

La Madre, que se desvivía por ellas, y que era siempre la primera donde quiera hubiere una lágrima que enjugar, pensó, desde luego, acudir al auxilio de sus coléricas, y se llegó a Madrid.

—No vacilo: es la voluntad de Dios—decía. Ante tan tremendo riesgo, había que despedirse de aquel noviciado, y de aquella casa de tanto suspiro y afecto.

Rompió por todo; abrazó a sus hijas, pidió de rodillas la bendición al capellán de la casa, y acompañada de su secretaria, Catalina de Cristo, abandonó el umbral de aquel Colegio de sus ensueños.

Al arrancar el tren, dijo a don Enrique Ojero: «Os recomiendo mis hijas».

¡Oh qué adiós tan medroso, de tristes presentimientos y amargas lágrimas fué el que dió a sus hijas con el pañuelo, al pasar el tren por la aldea de Píntol!

En Albacete, un protector del Instituto, pretendía detenerla de su propósito por varias consideraciones...

—No, le contestaba; los que hacemos las cosas por Dios, no tenemos miedo a la muerte.

Tocando con el medio día, llegaron a Valencia, y

luego de saludar a las hermanas, se retiró a la capilla para comulgar y dar gracias a su sabor. En aquella casa, enlutada por la tristeza, renacieron la esperanza y el consuelo, a la venida del ángel confortador.

Al día siguiente, oído el santo sacrificio de la misa, y recibida la comunión, visitó a la Virgen de los desamparados, al señor Arzobispo y señor Montañés, fundador de esta casa. Lo cual realizado dijo: «Ahora nos encerraremos en nuestra casa, y a cumplir la voluntad de Dios:» giró su visita por el Colegio y consoló a todas las atacadas por la peste.

El día 24 de Agosto de 1865, comenzó a sentirse mal; aumentáronse, poco después, los síntomas característicos del cólera, por lo que se alarmaron las hermanas. Era día de gran mortandad para Valencia.

La madre tranquilizaba a sus hijas, diciéndolas: «No gozaré de salud, aunque vengan de nuevo los médicos; padeceré luego bastante, y a las doce, no sentiré mal alguno. Avisen a las casas, y que expongan el Sacramento».

El ángel de la muerte batía sus negras alas por toda la casa: agonizaba la hermana Angeles, y se despedían para el hospital las chicas atacadas por la mañana, las cuales, no podían ser asistidas.

Se reconcilió con el Padre Vinader, y se la ungió con el óleo santo, respondiendo a las preces sin perturbación alguna, a pesar de la fuerza de los dolores anejos a esta enfermedad.

El doctor, decía que le tenía espantado aquella insuperable fortaleza.

Recibió con gran alegría la sagrada comunión, sin que dejara un instante de estar en la presencia de Dios.

Desde entonces la respiración íbase gradualmente apagando.

Después de leída la recomendación del alma, como advirtiera el Padre Vinader que todavía gozaba de algún soplo de vida, recitaron las letanías de la Virgen: al llegar al *oremus* expiró, subiendo a gozar de la presencia y amor de Aquel que había sido el blanco y fin de todas las acciones de esta noble alma, tan justamente apelidada la Teresa del siglo XIX.

## DONATIVOS RECIBIDOS PARA EL ASILO DE MENDIGOS EN VALDECARROS

Don Federico Brusi, 5 pesetas; don Andrés Rubio, 5; unas personas piadosas, 1,25; don José Redondo, 25 céntimos; don José Ramos, 25; doña Manuela de la Mano, 5 pesetas; don Belisario, Párroco de Villamayor, 3; don Santiago Pastor (Toledo), 15; doña Luisa Cuesta, 5; doña Eloisa Flores, 2,50; una devota, 2; un sacerdote pobre, 1; una señora por conducto de don Miguel Nieto, 5; reverenda Priora de las Carmelitas de Medina, 5; varios devotos por medio del señor Párroco de Alba, 30.

Dios se lo pague.